

suave y armoniosa, buen gusto para adornar....., etc.), no paréis la atención en ello; pero tampoco os hagáis rogar con el pretexto de *no saber*, de *no tener maña* ú otros, tales cuando se trate de prestar un servicio ó de divertirse á los demás.

*
* *

No habléis con exceso de *vuestra pobreza espiritual*, de *vuestro poco amor á Dios*, ni afectéis menospreciaros en todo, ó decir que sois *la más humilde*, *la menos capaz*..... Pensadlo si podéis, pero no lo digáis. Con frecuencia hay en decirlo más de amor propio que de humildad.

IV

La mortificación.

Al llegar del mundo á la comunidad es necesario que *arranquéis* de vuestro corazón multitud de cosas, y lo mismo del espíritu, de la imaginación, de los sentidos, pues esas cosas las había producido y conservado el mundo; no son malas, acaso, en sí, pero son incompatibles con la vida de religión. Santa Chantal las resume así: «Es de suma trascendencia no recibir las jóvenes que tengan una verdadera complacencia en atender á su fisonomía, un amor excesivo á su cuerpo y aun mayor á su talento.» Cada clima da diferentes productos. El *clima*, por decirlo así, de la vida religiosa no puede producir los productos de la vida mundana.

El renunciar á esos productos del mundo es lo que se llama *mortificación* (*mors, mortis*, muerte); porque así como las ramas separadas del tronco que les comunicaba la vida *mueren*, así los pensamientos, los deseos, los afectos *mueren* también separados de la voluntad que los produce.

Sobre la puerta de todo noviciado sería conveniente escribir estas palabras de Jesús:

«*El que me ame, que lo deje todo y me siga.*»

Y en la sala del noviciado sería preciso escribir estas frases de la *Imitación*:

«*Haréis los progresos en la senda de la virtud á medida que renunciéis al mundo.*»

¿De qué hemos de desprendernos?

Pronto lo habréis conocido por poco atentamente que oigáis las lecciones de vuestra maestra, que leáis vuestra regla, que veáis cómo se conducen vuestras compañeras más antiguas, y sobre todo, que os esmeréis en obedecer la voz de vuestra conciencia (I).

MOTIVOS DE MORTIFICACIÓN

1.º *La necesidad de esta virtud.*—Jesucristo ha dicho: «*Si alguno quisiere venir á mí, que lo deje todo, que tome la cruz todos los días y*

(I) No queremos hablar de las mortificaciones corporales, como ayunos, disciplinas, cilicios, etc. Una religiosa no puede permitirse ninguno de esos actos sin autorización de su confesor, primero, y de su superiora luego, á menos que la regla profesada por el convento donde se hallare se las imponga.

que me siga.» La salvación no es posible en tanto que no vayamos en seguimiento de Jesús, y, por lo mismo, es forzoso deducir que renunciar á todo, es decir, la mortificación, es necesaria para salvarse.

El santo Concilio de Trento declara que «aun los bautizados conservan un foco de concupiscencia contra el cual deben luchar sin descanso, y que puede ser para ellos un manantial de favores si resisten valerosamente por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, porque no puede alcanzarse la corona de la victoria sin haber combatido». Así, pues, si queremos ser coronados algún día, nos es preciso luchar contra ese germen de concupiscencia, luchar contra el enemigo interior sin rendirnos jamás..... Esa es la abnegación, la mortificación prescritas por Jesucristo. «La carne, dice santo Tomás, es la fuente del vicio; por tanto, si queremos evitar los pecados debemos comenzar por dominar la carne.»

2.º *El mérito de esta virtud.*— Nos hace expiar los pecados y nos hace más dignos de la mirada de Dios. Nos hace menos impresionables á la tentación y más fuertes para resistir. Nos hace más aptos para la oración, y nos dispone á recibir con más facilidad el influjo de la gracia.

3.º *El ejemplo de Jesucristo.*— Basta recordar esta frase de san Pablo: «*Jesucristo no deseó nunca nada*», para tener una regla general de nuestra mortificación, y volver los ojos á un Crucifijo para exclamar: *¡Ese es mi modelo!*, lo que hará callar la voz de los sentidos ante

una prueba, una contrariedad ó una humillación.

PRÁCTICAS DE MORTIFICACIÓN

Forzoso es que vuestro espíritu pierda poco á poco la curiosidad de saberlo todo, penetrarlo todo, leerlo todo y contarle todo.

Menos propensa á envaneceros de lo que sabeis; menos intencionada en la conversación; menos apasionada en el hablar; menos impaciente á la menor contrariedad; menos ávida de noticias; menos activa para dar rápidas contestaciones.

*
*

No discutáis jamás con calor; no tratéis de tener siempre razón; aprended á ceder gustosos; no supongáis nunca que sabéis más que vuestro prójimo.

*
*

Es necesario que vuestra voluntad no tienda á mandar á todos, que no sea obstinada en su modo de ver.

Que se amolde á lo que le fuere ordenado, sin buscar el motivo del mandato, y sin menospreciarlo á causa de los defectos del que lo dispuso.

Que no queráis elegir ni las ocupaciones, ni la manera de cumplirlas, ni las compañías, ni la posición que adule el amor propio, ni tampoco éste ó el otro lugar más agradable ó de mayor bienestar para los sentidos.

Que evite decir nunca: *quiero ó no quiero.*

*
*
*

Es preciso que *vuestro corazón* se incline con menos facilidad al afecto por las criaturas; que se aficione menos á lo que halaga los sentidos y les parece simpático; que regule sus afecciones y no conserve ninguna que le procure una cierta ternura ó una segura alegría; que conserve, eso sí, el recuerdo de la familia, y lo que es más, un recuerdo tierno y cariñoso, pero que ese recuerdo no le preocupe durante el rezo, que sólo sirva para que todos los días pueda implorarle á Dios por los que amamos, y que no nos impida nunca cumplir con exactitud todos nuestros deberes.

*
*
*

Vuestro corazón ha de velar para no adquirir amistad ninguna de las que comunican seguramente un encanto especial á la vida, que parece como si borrasen todo cuanto la vida en comunidad tiene de penoso, pero que poco á poco enervan, separan de Dios, apartan del deber, de la obediencia, hacen el carácter discoloso, disimulado, y en corto tiempo llenan el alma de graves culpas.

*
*
*

Es preciso que *vuestra imaginación* se acostumbre á permanecer en presencia de Dios,

que castigue sin compasión los *recuerdos del pasado*, que se le aparecen con las más simpáticas formas; los *proyectos de perfeccionamiento* ajenos al trabajo de la obediencia, que quitan la buena voluntad para lo que debe hacerse, y nos roban la alegría y el mérito del deber cumplido; esas *combinaciones*, á veces ridículas, que nos ofrecen los medios de satisfacer la curiosidad, nuestras inclinaciones, y en particular nuestra pasión dominante; esas *meditaciones* sobre lo que se nos ha dicho ó se ha hecho con nosotros, que empiezan por excitar al descontento, conducen á veces á la venganza y hacen perder el espíritu de religión.

*
*
*

Es preciso que *vuestro cuerpo* sepa soportar tan pronto el frío como el calor, ó el malestar, y no trate, como niño mimado, de poner el grito en el cielo por una nimiedad, que la voluntad hará desaparecer antes que el remedio mismo.

La verdadera señal para conocer un alma generosa en un cuerpo enfermo, es que no se queja, que no se entretiene pensando en su mal, ni en lo que necesita, ni en lo que se le da.

Revela sus molestias sin enajenarlas, acepta los remedios, reposa cuando se le ordena, sufre con paciencia y espera el cumplimiento de la voluntad divina.

*
*
*

Es necesario que vuestros sentidos se hallen

sometidos á vuestra razón, que vuestros ojos se prohiban la contemplación de lo que es puramente curioso, cuando para mirar no hay ni un motivo de instrucción, ni un motivo de bienestar; que se vuelva la mirada con tanto mayor motivo de lo que es sensual, ligero y hasta inmodesto.

*
*
*

Que vuestros oídos se aparten de las conversaciones fútiles, indiscretas, que os pondrían en el riesgo de reavivar en vuestro corazón recuerdos profanos, mundanos, sensuales, ó que os enseñarían lo que vuestra profesión os veda saber.

*
*
*

Que vuestro paladar no trate nunca de sentirse agradao, que acepte con reconocimiento lo que le gusta, pero que no rechace con acritud lo que no le complace; se prive fuera de las horas de comer de todo lo que no sea en absoluto necesario, y que, aun en las horas de la comida, no coma siempre de aquel guiso que le parezca el mejor condimentado y sabroso; que se prohíba toda especie de reflexiones acerca de lo que se ha servido en el refectorio, y que se guarde principalmente de dejarse llevar de la murmuración.

*
*
*

Que vuestras manos se priven de todo cuanto no tiene otro objeto que contentar la sensua-

lidad..... Respetad vuestro cuerpo, respetad el de las demás; el cuerpo es el templo de Dios: obrad respecto de él como obraríais si os hallaseis en un templo:

No digáis: *es cosa insignificante*. Decid, por el contrario: «¿No se ofendería la vista del Ángel de la Guarda?»

Evitad todo juego de manos, toda caricia, por ligera que fuese, sobre todo hecha sin testigos, y ateneos en este punto á lo que os prescriba vuestra regla.

*
*
*

Que vuestra lengua esté sumisa á vuestra razón y á vuestra fe.

Sabed contenerla cuando el silencio está prescrito por la regla: en el dormitorio, en el refectorio, en la capilla, en las idas y venidas.....; y si la necesidad ó la caridad os obligan á hablar, hacedlo á media voz y con medias palabras.

Retened vuestra lengua durante las horas de recreo, y sed como desea el Apóstol: *Pronta á oír, lenta para hablar*.

Hablad poco y dejad la palabra á los demás. Hablad con provecho por el propósito de edificar ó de recrear.

Hablad más bien á media voz que á voces.

Callad aun una simple frase para hacer reír cuando la conversación esté bastante animada.

Absteneos, sobre todo, de cuanto sea pecado.

NOTAS IMPORTANTES SOBRE LA MORTIFICACIÓN

1.^a Hay novicias llenas de fervor, pero poco experimentadas aún, que se creen obligadas á cumplir todos los actos de mortificación que se presentan.

Viven, por consecuencia, mortificadas, contrariadas, y la abnegación, el acto de renunciar que tiene por consecuencia la *alegría del alma*, es para ellas un verdadero suplicio y una fuente de escrúpulos; así es que acaban por abandonarlo todo.

He aquí los consejos prácticos dados por el P. Marín:

«Es preciso distinguir que hay tres clases de actos de mortificación:

»Los que podéis practicar ó no practicar, á voluntad, sin que haya mal alguno en ello.

»Los que no podríais omitir sin alguna especie de falta ó sin satisfacer de un modo insuficiente las necesidades de la naturaleza.

»Y, en fin, los que no pueden ser omitidos sin faltar á las principales virtudes de vuestro estado.

»Así: 1.^o Si durante el recreo se os ocurre el pensamiento de no decir una palabra insignificante, ó si en el refectorio se os ocurre privaros de una parte de vuestra ración que voluntariamente querríais comer, etc....., no estáis en la obligación de hacerlo, y debe ser rechazada como una tendencia al escrúpulo cualquiera especie de remordimiento por no haber hecho semejantes cosas.

»2.^o Os dais cuenta de que la réplica que vais á dar halagará vuestro amor propio, sin ser útil para nadie; sentís un deseo vehemente de ir á buscar á una hermana que queréis....., *callaos* en el primer caso, y *conteneos* en el segundo. Por el cumplimiento de esas resoluciones se fortifica el alma, descuidándolas se apodera de nosotros la tibieza.

»3.^o Se os prescribe algo que contraría vuestra voluntad, no querríais hacerla ó hacerla de otro modo; se os da por compañera á *sor* Fulana, con la cual no simpatizáis..... Obedeced y reprimíos, elevando el corazón á Dios por la violencia que experimentáis. Estáis obligada á esos actos de mortificación.»

«Para conservar el justo medio y no ir más allá de la gracia—dice el venerable Boudon—es necesario tomar consejo de un confesor prudente y de talento. Muchas personas han destruído su salud á causa de penitencias imprudentes. Quieren velar con exceso, ayunar con exageración, y se dañan el estómago y el cerebro; quieren contrariarse con exceso y trabajar con demasía, y agotan sus fuerzas, quedando en breve reducidas á no poder hacer cosa alguna. Queriendo imitar las penitencias de los santos, no se dan cuenta de que las sendas de la gracia son muy diversas; que cada cual debe caminar con arreglo á la suma de gracia que Dios le concede, y creyendo recibir una inspiración del cielo, reciben una tentación del enemigo.»

2.^a Un defecto en el que cae con frecuencia el fervor naciente es el de entregarse á auste-

ridades superiores á sus fuerzas. Se sale del mundo; vese uno cubierto de las heridas que se han sufrido, y se adquiere el horror á nuestra situación moral; entonces se leen con admiración, mezclada de espanto, las sangrientas maceraciones que se impusieron á sí mismas las víctimas de la penitencia, que han iluminado los desiertos de Palestina.

Una joven, débil todavía y delicada, quiere imitarles. Su lecho no tiene nada de cómodo, y, sin embargo, quiere acostarse en el suelo; su alimentación es frugal, y, no obstante, desea aminorarla; el cilicio, los cinturones de punzantes espinas ó hierros son objeto de su ilusión, de sus reiteradas súplicas; con frecuencia se sirve de medios de penitencia sin autorización de ninguna especie, arrastrada por el convencimiento de que tales mortificaciones son para ella necesarias.

¿Cuáles son las consecuencias de tal manera de obrar? Dos: la una que Dios no bendice lo que ella hace, porque es el antojo de su voluntad y no la obediencia lo que la impele á obrar; la otra es que se agosta rápidamente, que acaba con su salud, y que si no se hace incapaz de todo lo bueno, se torna incapaz para los grandes servicios que hubiera podido prestar.

A fin de no estar expuesta á equivocarnos, dad conocimiento á la superiora (con toda sencillez) de los actos de abnegación que diariamente hayáis practicado, de los deseos de privación que pudiérais sentir y de los motivos que sentís que no os inclinan á entregaros á las mortificaciones en uso en el noviciado.

V

La modestia.

La modestia es, como la humildad, una virtud difícil de adquirir, y á menos que la disposición natural ó una gracia especial la procure, es raro poseerla en toda su plenitud.

Casi ha desaparecido del mundo y sólo en las comunidades, y particularmente en los *noviciados*, se la encuentra aún rodeada de todos sus encantos.

Pero allí ¡cuánta hermosura y atractivo tiene esta virtud!

Da á la novicia toda la amabilidad del niño, toda la gracia de la edad primera, todo el candor de un corazón que sólo ha amado á Dios, á su madre, y que no conoce el pecado ni aun de nombre.

«La modestia—dice san Francisco de Sales—nos hace parecernos á los niños, que piensan, hablan y obran francamente y sin malicia. Creen todo cuanto se les dice; no tienen de por sí ni malicia ni recelo; ¿no están, acaso, protegidos por sus padres? Quieren buena mente, sin interés y sin inconstancia; todo lo miran de buena fe, alegrándose espontáneamente, sin deseos, sin curiosidad de conocer los motivos ni los efectos.»

La modestia es una virtud *contagiosa*, si es dado emplear el vocablo, á causa de sus encantos; basta que haya un alma dotada de positiva simplicidad en un noviciado para que

su sencillez, su modestia, se comuniqué á las demás novicias, que tratan, como por instinto, de parecersele.

El solo deseo de ser modesta supone hermosura de alma y un buen corazón..... A medida que es uno menos bueno, se quiere ser menos modesto y se burla uno de la sencillez.

Aplicaos á ejecutar los actos que os indicaremos, y Dios bendecirá con su bondad vuestros esfuerzos.

MOTIVOS DE LA MODESTIA Y NATURALIDAD

1.º *La excelencia de esta virtud.*—Es característica de los hijos de Dios y de los discípulos de Jesucristo, que se comparan en la Sagrada Escritura á los corderillos y á las palomitas á causa de su blancura y de su inocencia. Lo que es más todavía: es característica de la verdadera religiosidad, porque no hay nada más opuesto á la verdad eterna que la mentira ó el disimulo, tan ájenos á la modestia y sencillez.

2.º *El mérito de esta virtud.*—Nos hace amables á Dios, que odia el disimulo, lanza anatemas sobre los que tienen *dobleza de corazón* y gusta de conversar con los sencillos.

Nos hace queridos de Jesús, que acariciaba á los niños, que prefería san Juan á otros Apóstoles á causa de su pureza y su candor, virtudes que no residen en un alma de la que se ha desalojado á la modestia.

Nos hace también amables para los hombres, porque el alma sencilla no es molesta para na-

die; no turba ni mortifica á ninguno; es servicial y benevolente para todos, y no sabe pensar jamás mal de nadie.

3.º *Caracteres de esta virtud.*—El alma modesta es constantemente igual para todos y á los ojos de todos; ejerce la caridad con el mismo entusiasmo por todos y sin excepción alguna; mantiene siempre en el rostro el aire alegre, que es testimonio de una buena conciencia; cuando ha cometido una falta la confiesa ingenuamente y soporta con calma el castigo ó la humillación que le produce; se muestra en todo y por todo enemiga de la doblez, y no tiene nunca otra intención que la de agradar á Dios.

PRÁCTICAS DE LA MODESTIA

Modestia de espíritu.

Obrar sin pretensiones, no tratando de hacerlo mejor que las otras, ni siquiera ser advertida, pero cumpliendo lo mejor posible el deber que le ha sido impuesto.

Sin comparaciones, no prevaliéndose ni de las ventajas naturales, ni de las gracias espirituales que Dios le ha concedido, y, sobre todo, no prefiriéndose á nadie.

Simplicidad de corazón.

Para con Dios: Teniendo un temor filial sin turbación ni inquietud; una confianza afectuosa, sin presunción; una fidelidad exacta, sin minuciosidades ni sutilezas; un deseo continuo

de agradar á Dios y de hacer en todo su voluntad, como hijo que ama tiernamente á su madre y comprende la intensidad del afecto que siente por él.

Para con el prójimo: Afección sincera y cordial; franqueza amable sin indiscreción; caridad dulce, paciente, previsora, sin obstáculos ni fatuidad.

Para consigo misma: Espíritu de orden y de paz; paciencia con sus defectos, para sus errores y para sus fracasos.

Sencillez de carácter.

Sin mal humor, ni caprichos, sin ardor y sin indiferencia, sin vivacidad, ni desigualdades; cediendo sin dejar ver que se cede; sacrificando la voluntad propia y los sentimientos sin mostrar el esfuerzo ni el sacrificio; acomodándose á todo, sin tratar de hacerlo ver, y sin querer convertirlo en un mérito.

Modestia en los actos.

Sin apresuramientos ni perturbación; sin entorpecerse con varias cosas á la vez; ocupándose de lo que se hace únicamente y como si no se tuviera que hacer otra cosa; completamente de Dios durante la oración; completamente del prójimo en las relaciones de caridad; completamente del trabajo cuando el deber lo impone.....; pero siempre *para Dios, como Dios quiere y en presencia de Dios.*

Sencillez exterior.

En el *traje:* Modesta sin afectación, ni ser peripuesta ni descuidada; en las maneras ser natural y sin estudio; en el andar no pensar sino en ir adonde es necesario; en la actitud grave sin aspereza, familiar sin trivialidades; en el habla, sin malicia, sin rebuscar la frase, sin acento particular, sin cumplidos exagerados; *en todo,* sin deseo de agradar y sin temor de no agradar.

Naturalidad piadosa.

Evitar por igual las singularidades de desfigurar la piedad ó las miras torcidas que la deshonran, las pequeñeces que la ridiculizan y las ilusiones que la matan; los escrúpulos que atormentan y que concluyen haciéndola odiosa. Huir por igual de los desalientos, de la pusilanimidad y de los arranques de presunción; no desear otra doctrina que la de su confesor y de sus superiores; no leer otros libros que los que le aconsejen, y pedir con frecuencia á Dios no salir de la vida en comunidad.

—
¡Feliz la novicia que se dedique todos los días á poner en práctica algunos consejos de estos!

* * *

Para resumir, reflejando como en un cuadro animado la doctrina importante de este capí-

tulo y del capítulo que trata de *espíritu del noviciado*, vamos á transcribir un precioso trabajo, cuya lectura no dejará de ser provechosa.

Reglas de conducta observadas en el seminario de San Sulpicio al principio de ser establecido.

El modo de conducirse en las horas de recreo, era muy edificante y útil. Todos estaban juntos, sin que dos se separasen jamás para hablar solos. El entretenimiento era alegre y franco; se hacían reflexiones acerca de los asuntos de la oración, de las lecturas espirituales, de los ejemplos notables; esta era la forma ordinaria del recreo. También se conversaba entre todos á la vez con gran dulzura, honestidad y deferencia de los unos para con los otros, dando pruebas de unión fraternal, cordialidad y modestia.

Se consideraba un placer haber vencido la repulsión que en ocasiones nos inspiran ciertas personas; así es que se daba mayores señales de afecto á aquellos á quienes se veía menos, y para mayor perfección se procuraba dejarles advertidos por una perfecta cordialidad.

Nadie tenía nada que no fuera de sus hermanos; hasta hubo necesidad de poner ciertas restricciones á aquel vivo deseo de prestar servicios al prójimo.

Todos sentían verdadero celo por animarse y animar á los demás á que amasen á Dios.

Se procuraba imprimir un amor sincero á la vida pobre, humilde, escondida; se hablaba con frecuencia de las ventajas de este género

de vida y era frecuentemente motivo de conversación.

Se trataba á menudo de la manera de unirse á Nuestro Señor.

El amor á la pobreza era tan grande, que se alababa en todo á lo más pobre, aprovechando las ocasiones de ridiculizar á los que quieren vivir conforme al mundo. Un día se hizo cierta especie de burla á uno que tenía una especie de afectación de limpieza en los zapatos, el sombrero y el cinturón. Se tenía un santo entusiasmo por todas las ocupaciones humildes y humillantes, ó por aquellas que eran molestas, á las que no sólo se ofrecía uno, sino que las pedía con ardor.

La mayor parte, y aun todos, daban pruebas de tener más afán por el buen orden y por el bien espiritual de la casa, que si hubiera sido la suya propia. La mayoría también mostraba sentimientos de gratitud profunda por haber sido admitidos y porque se les toleraba.

Se tenía gran deferencia para los hermanos; se cedía en todo, juzgándose cada cual como el último y el menor de todos, y se apreciaba como extraordinario honor ser empleado en las más sencillas ceremonias.

El amor al mundo era de tal manera despreciado, que se hubiesen experimentado verdaderos remordimientos de conciencia por hablar de él con la más ligera estimación; hasta se hubiera causado pena con ello á los demás. Si del mundo se hablaba, era para despreciarlo á cual más. Se renunciaba á todas las aficiones, al país, á la parentela y al mundo, y se enca-

minaba uno á Dios de todo corazón, abandonado en manos de su Providencia y en las voluntades del superior y de los confesores, por una sencilla indicación de los cuales se hubiera ido hasta el fin del mundo.

Se les enseñaban las cartas recibidas, estimando hasta un grado sublime ser de corazón franco para los grandes asuntos y para los pequeños detalles, para las cosas pequeñas del mismo modo que para las extraordinarias. La cordialidad ó la perfecta unidad de los corazones de los seminaristas estaba considerada como el particular distintivo de la casa.

Se profesaba á la Santísima Virgen una tierna devoción, que se veía resplandecer en todas ocasiones, principalmente no haciendo nada, ni emprendiendo nada, sin solicitar su permiso; se saludaba su imagen al entrar y al salir de la celda de cada uno ó de la del confesor. Se hablaba frecuentemente de esta devoción y de sus prácticas, como de un ayuno ó de practicar alguna mortificación ó limosna la víspera de sus fiestas y de visitar cualquiera de las iglesias que le estaban dedicadas.

Las menores imperfecciones, sensualidades, obstinaciones ó locuras no podían pasar sin correctivo, y todos procuraban muy bien no dejarse llevar de ellas.

Nunca se hablaba á otro de las mortificaciones que se practicaban, y si él nos hablaba de las suyas se le daba á entender que era mal hecho.

Se tenía particular fidelidad para Dios ofreciéndole las primicias de todo, y esforzándose

á privarse por su amor de todo cuanto era posible.

Era hábito llevar sobre sí un crucifijo y una imagen de la Virgen Santísima.

Nunca se habló de la comida; se buscaba lo menos bueno, como los restos del pan, etc.

Mutuamente se animaban todos con algunas prácticas del bienaventurado Berchmans, y principalmente con éstas:

«Me dejaré llevar como si fuera un niño de un día.

»Evitaré como un mal verdadero pedir ningún permiso, como no sea por una grande y verdadera necesidad.

»Me juzgaré en la casa como admitido por gracia especial, y cuanto se me dé lo recibiré como si no lo mereciese.

»Para con mis hermanos estaré siempre lleno de humildad y respeto.

»Cuando hallare ocasión de renunciar ó de sacrificarme por algún concepto, la aceptaré con todo mi corazón.

»La mortificación que consideraré más digna de recompensa será la vida en comunidad.»

Se había llevado á tal punto la obediencia, que se obedecía á la menor señal, al más ligero gesto, al más sencillo ademán, á la indicación menos perceptible del superior, hasta el extremo que éste se veía forzado á no decir ninguna palabra que pudiera ser considerada como orden de ejecutar algo que hubiera sido opuesto á la salud.

Nadie sabía lo que era perdonarse de practicar ningún ejercicio: al primer toque de cam-

pana se abrían las puertas de todas las celdas.

Se guardaba un riguroso silencio; nadie miraba á nadie por los claustros ni en las escaleras, y cuando se cruzaban dos en el camino se saludaban sin conocerse muchas veces.

Cada cual tenía uno ó dos *monitores* que le advertían sus faltas, y al recibir el aviso rezaba un *Ave María* por el que se lo había dado.

Todos tomaban á bien lo que los demás decían, y se evitaba como una especie de crimen toda especie de suposiciones, soportando caritativamente á los que aparentaban seriedad ó tristeza.

Cuando se veía á uno de los compañeros triste ó pensativo, se procuraba suavemente devolverle la alegría compadeciéndose de su pena.

El más leve pesar que se experimentaba era comunicado al punto á los confesores ó al superior.

Se detestaban las amistades particulares y se les tenía horror como á la ponzoña de las comunidades.

Prácticas de piedad que se proponían.

Dejar transcurrir un momento antes de comenzar cosa alguna para poner la debida atención.

Reprimir los movimientos impulsivos de la naturaleza; por ejemplo: se llegaba cansado de pasear, lo natural era el deseo de reposar; pues en vez de tomar descanso, para reprimir ese primer movimiento se deja pasar tiempo antes

de sentarse. Se ofrece ver algo, no se acude á verlo desde luego, y así, por este estilo, se conducía uno en todo.

Obrábase en todo por amor, por un principio sobrenatural, con arreglo á los caminos de la fe y las máximas del Evangelio.

Procurábase tomar á pechos el progreso espiritual de los hermanos y el bien espiritual de la comunidad.

Ser fieles aun para las más sencillas prácticas de virtud, puntualidad, modestia, religión, mortificación y humillación.

Tener una franqueza completa, cordial é infantil para con el confesor, aun para las más sencillas cosas; hablar con frecuencia de esta práctica é inspirar á los demás la conveniencia de seguir esta conducta.

Practicar la obediencia en todo, evitando hacer nada por voluntad propia.

Elegir siempre para sí lo más modesto.

Preferir sólo lo que haya de más pobre en la comida y las ropas.

No decir nunca nada por espíritu de burlonería.

Es signo característico del fervor tener ingenio para inventar medios de mortificarse en todo, como, por ejemplo, la postura del cuerpo, en las comidas, los juegos, las conversaciones, los paseos, la curiosidad y en todas las ocasiones de contentar los sentidos.